

OBRA LITERARIA DE

CORINA
RODRÍGUEZ LÓPEZ

(poesía, narrativa y ensayo)

Francisco Rodríguez Cascante
EDITOR


EDITORIAL
UCR

OBRA LITERARIA DE

CORINA
RODRÍGUEZ LÓPEZ

(poesía, narrativa y ensayo)



Francisco Rodríguez Cascante

Editor


EDITORIAL
UCR
2018

861.4
R696o

Rodríguez López, Corina.
Obra literaria de Corina Rodríguez López: poesía,
narrativa y ensayo / Francisco Rodríguez Cascante, editor.
-1.ª ed.- Costa Rica: Edit. UCR, 2018.
xl, 150 p.

ISBN 978-9968-46-715-5

1. POESÍA COSTARRICENSE. 2. LITERATURA
COSTARRICENSE – ENSAYOS, CONFERENCIAS,
ETC. I. Rodríguez Cascante, Francisco, ed. II. Título.

CIP/3268
CC.SIBDIUCR

Edición aprobada por la Comisión Editorial de la Universidad de Costa Rica.
Primera edición: 2018.

Se respeta el estilo de la autora y la ortografía de la época.

Editorial UCR es miembro del Sistema de Editoriales Universitarias de Centroamérica (SEUCA),
perteneciente al Consejo Superior Universitario Centroamericano (CSUCA).

Corrección filológica: *Mariela Miranda R.* • Revisión de pruebas: *Gabriela Fonseca A.* • Diseño, diagramación y portada:
Priscila Coto M. • Ilustración de portada: *Autor: Ricardo Rodríguez Chaves. Título: Vestimenta. Año: 2010. Técnica: Mixta*
(collage y acrílico). Dimensión: 70 x 150 cm. • Control de calidad: *Alejandra Ruiz B.*

© Editorial de la Universidad de Costa Rica, Ciudad Universitaria Rodrigo Facio. Costa Rica.

Apdo. 11501-2060 • Tel.: 2511 5310 • Fax: 2511 5257 • administracion.siedin@ucr.ac.cr • www.editorial.ucr.ac.cr
Prohibida la reproducción total o parcial. Todos los derechos reservados. Hecho el depósito de ley.

Impreso bajo demanda en la Sección de Impresión del SIEDIN. Fecha de aparición: octubre, 2018.
Universidad de Costa Rica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.



CONTENIDO

Semblanza	
Corina Rodríguez López	xi
Estudio introductorio. Corina Rodríguez López:	
la densidad poética femenina y la defensa de la libertad	xiii
Su vida	xiii
Intimismo y densidad poética	xvii
La narrativa: el orden de lo autobiográfico	xxiv
La ensayística: el ejercicio crítico de la razón	xxvi
Esta edición y sus fuentes	xxxvi
Bibliografía	xxxviii

POESÍA

Poesía dispersa

¡No has muerto!	3
Pastoras	4
Gracias, Señor	5
Nostalgia	6
Te siento	7
Mi diosa	8
Dolor	9
Aguinaldo	10

Ritmo	11
Fuego	12
El buzón	13
Azalias blancas	14
A un desconocido	15
María	16

De la entraña

En el umbral	18
Oración	20
Ruego	21
Dolor	22
Presentimiento	23
Vanidad	24
Melancolía	25
Siento un extraño placer	26
Gracias	27
Duda	28
Cooperación	29
Somos arquitectos	30
Ensueño	31
Qué buenos son	32
Miedo	33
A la luz de la luna	34
A mi hijo	36
Mi diosa	37
Anhelo	38
Solidaridad I	39
Domingo	40
Oro	41
Ayer	42
Solidaridad II	43
Por fin	44
Alumbramiento	45

Una casita	46
¡Qué triste estoy!	47
Meciendo a mi hijo	48
Deseo	49
Mi surco	50

RELATOS

La virgen de la caja blanca	53
A la luz de la luna	54
Para eso estoy yo aquí	56
Mitsuko	61
Añoranza	65

ENSAYOS

El verso libre	73
El hogar nacional	76
Comentando las palabras del Sr. Carazo	81
García Monge	85
Centroamericanismo	93
A los maestros de Costa Rica	97
Carta abierta	100
El Dr. Armodio Arias ocupa el solio presidencial en la República de Panamá	103
Ricardo Moreno Cañas	107
Don Joaquín	126
León Felipe Camino	128
Presentación de Labarthe en la Escuela Normal	130
Inmortalidad de don Ricardo	132
Max Jiménez	140
Mercedes Arce y la gimnasia	143
Arcadia tropical	145
Ante el féretro de García Monge	149

POESÍA



POESÍA DISPERSA

¡No has muerto!³⁷

Ofrenda a doña Isabel Gamboa de Salas

En la vida te doblegó el dolor
y serenamente lo soportaste,
en torno tuyo dicha brindaste,
y quedó en tu camino luz y amor.

De tus hijos diste luz a sus razones
para que alumbre de esta triste vida,
la estrecha senda por ti recorrida,
y amor te nombrará en sus corazones.

En tu alma pura no encontró cabida
jamás una idea que no fuera noble
y por eso lloramos tu partida.

Te levantaste airosa como el roble
y tu naturaleza fue destruida
pero de tu alma la belleza es doble.

San José, 8-X-1914.

37 En *El Ramonense*. Año VI, número 229, 25 de octubre de 1914, página 1.

Pastoras³⁸

¡Cómo me gustaría pintar pastoras! Las amo como si tuvieran un parentesco cercano conmigo. Son como un fuego que se enciende en las hojas y se consume en las flores. Son la gloria de los terrenos áridos. Tan sobrias, que se conforman con unas pocas gotas de agua, y tan ellas, que no necesitan de mimos para florecer y propagarse y brillar esplendorosamente. Son hijas del sol y amadas de los trópicos, y tienen una altivez y una exuberancia propias de los países cálidos. Son provocativas e insinuantes y llevan el veneno en sus venas, el fuego en sus hojas rojas, y en las preciosas copas de esmeralda y ámbar, la magia de los ojos verdes, la atracción de las sirenas y el misterio del mal...

A veces me parecen bacanales ebrias de luz y de sol, y a veces me parecen chispas purísimas que brotan de la inmensa fragua del Señor, y se extienden por el mundo para adornar los caminos y los parajes solitarios en diciembre, cuando el Dios Niño viene a visitarnos.

¡Amará el Dios Niño a las pastoras?

38 Con este título, publicó la autora los siguientes poemas: "Pastoras", "Gracias, Señor", "Nostalgia", "Te siento", "Mi diosa", "Dolor" y "Aguinaldo". En *Repertorio Americano*. Tomo 5, número 13, 18 de diciembre de 1922, página 170.

Gracias, Señor

Gracias, Señor, porque en mis cabellos encontraron reposo sus dedos de azahar, finos y fuertes. Gracias porque en el remanso de mis ojos paladearon los suyos la más intensa ternura. Gracias porque en mis palabras encontró su corazón la nota perdida. Gracias porque mis brazos fueron una senda que sin desviarse recorrió su espíritu, y porque en mi regazo estuvo su cabeza mientras contemplaba el infinito. Gracias porque el contacto de sus manos dio alas a mi espíritu y santificó mi forma.

Haz, Señor, que mis cabellos por el milagro de sus manos, mis ojos por el de la ternura, mis brazos por el del acercamiento a su corazón, y mi regazo por la gestación de sus ideales mientras se apoyó en él, conserven siempre sus dones.

Nostalgia

El día avanza lentamente y el sol va prendiendo en todas las cosas rosas amarillas. La calle entera me parece una convaleciente tendida al sol, y el portón de la casa de enfrente, una gran boca desdentada que a cada rato se abre para bostezar. La tierra está muriendo de lasitud. Los geranios del balcón apenas si se mueven, y las carretas rechinan al pasar frente a mi ventana.

Hay una terrible tibieza en el aire y una vaga melancolía va penetrando en mi ser. Es algo así como una nostalgia de épocas distantes...

Es la nostalgia de la vida cuando la tierra ardía y yo era una llama azul. Es la nostalgia de las horas en que besaron mis pies y mis manos los gnomos.

Y es sobre todo la nostalgia de todo lo que es ígneo, de todo lo que abrasa...

Por eso nací en los trópicos y amo al sol...

Te siento

Te siento en las orlas de oro del ropaje de la tarde porque tienen el destello de tus ojos, en la sombra misteriosa que las sigue; porque, como tú, es un símbolo; en las estrellas que tienen luz propia, porque allí está de cuerpo entero el signo que la naturaleza me hace en ti; en la música de las estrellas porque todo en ti es armonía.

Te siento en mí.

Mi diosa

Mi diosa es como una sensitiva. Siente la caída de la hoja de un árbol; el roce de las alas blandas de una mariposa,³⁹ y el aleteo de un pájaro en la sombra. Lo mismo ama la frialdad de la luz de la luna que el ardor del sol.

En una ánfora llena de amor para todas las cosas. En sus ojos cabe el infinito. Tiene la sombra de las cavernas y el fulgor del sol en las cumbres serenas.

De toda ella emana el amor. Irradia de su frente, se diluye en sus ojos, se vierte sobre su cuerpo y la envuelve toda en una llama.

Es el ritmo encarnado, el dolor hecho carne. Mi diosa lleva sobre las sienes el casco de oro de Palas Atenea, en los ojos la visión del infinito, y en las manos un pebetero.

39 En *De la entraña*, Rodríguez López incorpora un poema con el mismo título (el número dieciocho), en el cual repite los tres primeros versos: “Mi diosa es como una sensitiva. Siente la caída de la hoja de un árbol; el roce de las alas blandas de una mariposa”.

Dolor⁴⁰

Al contemplar la gloria de tus ojos llenos de una tristeza que no pueden revelar, nublados por la pérdida legal del derecho de su aurora, anhelo coger entre mis manos los años y moldear tu vida a mi gusto, para devolverte el privilegio que al nacer te concedieron los dioses.

La hoja de acero al clavarse en tu corazón atravesó el mío y las gotas de sangre van marcando el tiempo en el reloj de los años.

Ni la tierra ni el cielo han conocido una pasión más pura, ni una más firme, y sin embargo, si pudiera calmar tu dolor, te robaría el más precioso de los dones que la vida te ha dado.

Viértase la sangre en el camino, florezca en amor la angustia, y púeblesse el aire de armonías. Ni la sangre acabará de verterse, ni el tiempo de pasar.

40 En *De la entraña*, la escritora inserta un poema con el mismo título (el número cuatro), de contenido totalmente distinto.

Aguinaldo

¡Qué fuerte me crees, Señor, que me has mandado este dolor! ¡Qué profunda revelación y qué honor me dispensas! San Nicolás escogió para mí el mejor regalo y me abrió el corazón para ponerlo dentro. Señor, quién podrá ahora cerrarlo. ¡Bendito dolor que me traes alegría y fuerza!

Precioso aguinaldo que ya nadie me puede quitar. Dolor... Amor...

Mi alma sería cobarde si pensara en la herida que el buen santo le hizo para dejarle este aguinaldo. Ya la estrella de los reyes magos, al ponerse, ha nacido en mi vida, y en traje de fuego se abre paso entre el cortejo.

Caballero del Símbolo, ¡llévate la estrella y deja que la luz cierre la herida!

San José, Costa Rica.

Ritmo⁴¹

El mar... el manglar... la luz rosada... Tú... Quietud vespertina que evoca el silencio augusto de los templos solitarios que iluminan las lámparas votivas.

En la frágil arena escribe el sol su poema dorado y al caminar delante de ti va echando el oro a tus pies.

Las lanchas de los pescadores dejan una estela que ritma con la belleza de la estrella blanca en el fondo rosado de los cielos.

¿Es la luz, es el mar, es la hora o eres Tú? Algo hay que ha dado mi nota y mi alma se ha puesto a cantar.

Cantan también la estrella, ahora azul, el mar fosforescente, las arenas frágiles y el manglar.

Tú estás en todo lo que yo amo y por eso todo se ha puesto a cantar...

41 Este poema y los siguientes: “Fuego”, “El buzón”, “Azalias blancas” y “A un desconocido” aparecieron en *Repertorio Americano*. Tomo 5, número 19, 29 de enero de 1923, página 260. Por su parte, Rogelio Sotela incluyó “Ritmo”, “El buzón” y “Azalias blancas” en *Escritores y poetas de Costa Rica*. San José: Lehmann, 1923, páginas 656-657.

Fuego

El horizonte se baña en sangre y el último rayo de luz de la tarde al caer sobre tus cabellos los transforma en llamas. En el fondo de tus pupilas hay un incendio y tu boca es una brasa.

En el cielo y en tus ojos radiantes, una ansiedad...

Poco a poco vencen las sombras a la luz, y cuando mi alma más te siente, y se arrodilla para bendecir las tinieblas, se interponen entre tú y yo el millón de ojos de la noche que siguen hasta mis pensamientos y te alejan de mí.

Las sombras me visten de negro, recogen mis manos vehementes; las ponen sobre mi corazón y amortajan uno a uno los frutos de mis callados anhelos para incinerarlos después.

En la quietud de la noche oigo el rechinar de la carne rosada que ante mí queman y el crujir de los huesos.

Las sombras se alejan y las cenizas se coronan de luz al rayar el sol, y mis manos crispadas y llenas de surcos, oprimen contra el pecho el corazón.

El buzón

Siempre en la esquina, vestido de verde, indiferente e inmóvil, como un fakir de la India.

Aunque el dolor lo consuma, o la piedad lo enterezca, su gesto es siempre el mismo, nunca cambia.

A él voy todos los días con un gran cariño, con una gran tristeza, con una terrible inquietud, o con mi carga de ensueños.

Ni siquiera me mira, recibe mi carta y cierra sus labios marchitos y sabios, y después, el chasquido, el grito, el murmullo, el golpe seco o el ¡ay! me dicen lo que siente el buzón.

¡Ah! ¡él sabe que hay manos de manos! Él conoce las cartas escritas por las manos de la novia, por las manos del trabajador, del poeta, de los buenos y de los malos.

Hay manos que al tocarlo lo queman y manos que lo acarician, como hay cartas que queman y cartas que acarician.

Por el buzón pasan todos los días mensajes de amor, de angustia y de esperanza.

En su corazón hay ansias infinitas, se devoran odios, se encienden pasiones, se agitan la vida y la muerte y él permanece siempre impassible.

¡Dichoso que ha visto lo mejor y lo peor de la vida, que la conoce ampliamente, que ha sentido el fuego de las manos apasionadas y el milagro de las manos buenas!

¡Feliz porque lleva por dentro la pena o el goce, sin que su gesto se altere, ni la marcha de las cosas se interrumpa!

Azalias blancas

En el jardín del teatro hay dos matas de azalia blanca. Dos criaturas humildes que ostentan una profusión de flores, que por tener todas las tonalidades ritman con mis caprichos.

La luz casi no puede pasar por entre las hojas y las flores al aprisionarla se sonrojan; se tiñen de color violeta o azulado; se estremecen cubriendo con sus pétalos de seda las moneditas de oro del sol, que danzan bajo la tupida red de hojas verdes.

Todos los días al pasar las miro y me siento tan contenta como cuando veo correr el agua o paladeo con los ojos la llanura verde. Tienen el don de revelar el aspecto más hondo de la vida, la serenidad. Al trasplantarlas a mi espíritu se han centuplicado, y ahora las llevo para dejarlas en todos los corazones donde mi espíritu penetre, para apagar la vehemencia de los que amo, para no maltratar más y para poner en todas las cosas la nota blanca que las criaturas humildes me enseñaron a escuchar en el jardín del teatro.

A un desconocido

He visto el sol coronar de amatista las montañas al atardecer; he visto el oro y la púrpura del paisaje tropical; el manto regio con que se visten las colinas en el verano y la sangre de los cafetos destilando gota a gota de las ramas; y he pensado en ti, a quien no he visto nunca.

He oído el jilguero cantar, el murmullo de la fronda, el diálogo de los campesinos que se alejan felices por el trillo, que se pierde en la distancia, allá junto a la montaña donde la fuente ríe, y he pensado en tu voz.

Tu voz que tiene todas las cadencias, que puede dar la nota más alta y la más baja, y que yo no he oído jamás.

He tocado el musgo blando, la hierba recién nacida y las rosas aterciopeladas, y he tocado las rocas duras, y he pensado en tus manos.

Tus manos blandas y fuertes, tus manos blancas, por la inquietud surcadas, tus manos misericordiosas y terribles...

¡Oh manos que no he tocado nunca!

Las granadas abiertas me hacen pensar en tu boca. Mis labios conocieron el sabor de las granadas, paladearon el vino, oraron y acaso maldijeron; pero mis labios no conocieron nunca los tuyos.

La luna como una enorme lágrima de fuego, tiembla en el espacio, sobre la cúpula del templo.

Cuando salgan las estrellas ya me habré hundido en las tinieblas.

San Ramón, Costa Rica, 1923.

María⁴²

Dichosa tú que viviste la vida en toda su plenitud; que conociste el dolor y el amor; que te rodeaste de los grandes y de los pequeños, de los buenos y de los infortunados, y penetraste en el espíritu de todos sin culpar a los que no te comprendieron.

Dichosa tú que amaste las espinas y las rosas y encontraste belleza en las florecillas del campo, en la piedra y las cosas más humildes.

¡Cómo te diste cuenta de que cada uno da su nota en el conjunto del universo y de que la tonalidad anímica de cada ser es innata!

Tú lo amaste todo, lo comprendiste, y pasaste por la vida con una inmensa serenidad.

Todo en ti se consumó y tu vida fue fecunda en todas sus manifestaciones y pródiga en ternura.

Has dejado una estela luminosa en tu camino, y un sello de belleza en todas tus cosas.

¡Qué buena ha sido la vida con los que te amamos, al darnos el privilegio de tener alguna vez entre nuestras manos las tuyas!; de recrear nuestros ojos en el oro de tu cabecita rubia y en la blancura de tu cuerpo esbelto; que era el prisma a través del cual asumía la luz de tu espíritu los más variados matices al iluminar tus ojos, tu rostro o tu gesto inolvidable.

No nos queda nada que pedirle al Hacedor, porque hasta el don de morir joven, bella y amada, te fue concedido.

42 En *Repertorio Americano*. Tomo XIII, número 1, 3 de julio de 1926, página 8. Este texto es un homenaje a la señora María de Peralta, quien falleció en Nueva York el 7 de junio de 1926, persona amiga de Corina Rodríguez López y de Joaquín García Monge.

Aún en tu lecho de muerte nos hacías evocar el recuerdo de la bella durmiente del bosque.

Llenaste ampliamente tu misión, y al cerrar los ojos, has dejado, como una proyección luminosa de tu ser, dos hijas en quienes vivirán los dones de tu espíritu.

Señor, gracias te damos porque nos dejaste amarla. Gracias porque se lo diste todo.

Junio de 1926.

DE LA ENTRAÑA⁴³

*Dedicado a mi hijo,
que durante los meses de gestación
encendió en mi espíritu el más vivo
deseo de realizar el precepto árabe:
“Plantar un árbol, escribir un libro
y tener un hijo”.*

En el umbral⁴⁴

Al tomar en mis manos el original de estas páginas y al recorrer la escritura irregular, he pensado –lleno el espíritu de emoción– en que fueron escritas por una mujer en espera del nacimiento del hijo que se le agita en las entrañas.

Es el mismo apasionamiento revestido de serenidad de los poemas dedicados al hijo en el libro *Desolación* de Gabriela Mistral, en cuya encantadora brevedad tanta influencia parece tener el estilo de Rabindranath Tagore.

Imagino a Corina escribiendo este libro dedicado a su hijito, nerviosa, los ojos brillantes como brasas, la melena quemada nimbándole la frente, bajo cuya nobleza el pensamiento lucha por convertir en luz las sombras que hay

43 Este libro fue publicado por la Imprenta Lehmann, en San José, en 1928, con prólogo de Carmen Lyra. Es el único poemario de Rodríguez López.

44 En *Repertorio Americano*. Tomo XVII, número 11, 15 de setiembre de 1928, página 174. Una vez salido a la luz pública el poemario, se publicaron, además de este prólogo de Carmen Lyra, los siguientes poemas: “Oración”, “Ruego”, “Vanidad”, “Siento un extraño placer”, “A la luz de la luna”, “Deseo” y “Mi surco”. Al final de la página, indica el editor: “Un precioso librito, el de Corina, como se ve; lleno de ternura y elevación, sacado de los hondores del alma”.

dentro de su ser, mientras el corazón se le derrite en el fuego de su dolor y se dispone en forma de nido de amoroso plumón para meter dentro a su niño.

Esta criatura lírica y romántica no podía dejar pasar sin cantarlo, el sentimiento que le despertara la agitación de sus entrañas al modelarle un hijo. Pero no quiso que su canto se deshiciera en el ambiente, sino que permaneciera en el tiempo cual una huella de amor y de esperanza, y así escribió estas páginas.

No sé si el libro tenga defectos: el cariño no es crítico imparcial y por eso me es dado tan solo, complacerme en sus virtudes: en su sinceridad que me hace pensar en una llama; en su optimismo cristalino como una corriente de agua pura que canta allí en donde hay guijas que le muerden el alma transparente.

Quisiera ir delante de su paso, preparando los ánimos que lo han de leer, para que le abran las puertas de par en par, con mano cariñosa y sencilla sonrisa. Ya en la intimidad él mismo dirá sus poemas como los trovadores antiguos, y si el dueño de la morada siente lo bello, tendrá que comprenderlo y amarlo.

Y quieran los dioses que aquel a quien fuera dedicado, pueda cumplir el anhelo de su madre:

“Que sus manos, como las de Cristo, sanen heridas, absuelvan y bendigan. Que sus brazos construyan, luchen y venzan con hidalguía. Que cuando se los crucen sobre el pecho, concluida su misión, sean una senda de amor que se cierra para abrirse en la eternidad”.

Carmen Lyra
Junio de 1928.

Oración

Dulce Señor, deja que florezca en mí la alegría. Dame un corazón que sea el instrumento de las más generosas acciones.

Purifica mis pensamientos para que el ambiente se llene de armoniosas vibraciones que engendren amor.

Deja que olvide todo lo que pueda turbar mi serenidad, encender odios, o crear pesimismo.

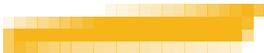
Señor, no permitas que la venganza encuentre campo propicio en mi corazón, ni que para medir mis aceros descienda al plano del lugar común.

Ya que por el amor voy a renacer en otro ser, haz que en él florezca mi corazón y que a mí no deba un temperamento melancólico, taciturno ni sombrío.

Perdona mis pecados, dulce Señor, y no le cobres una cuenta que no debe.

Esta es una
muestra del libro
en la que se despliega
un número limitado de páginas.

Adquiera el libro completo en la
[Librería UCR Virtual.](#)

LIBRERÍA
UCR

VIRTUAL

Corina Rodríguez López (1895-1982) fue una destacada escritora y militante feminista nacida en San Ramón de Alajuela. En 1910, se trasladó a estudiar al Colegio Superior de Señoritas, donde fue alumna de Joaquín García Monge. Luego de una estancia en los Estados Unidos, en donde se graduó como educadora, regresó a impartir lecciones en las principales instituciones costarricenses. Fue opositora de la dictadura tinoquista y por ello padeció el exilio. También, se unió a la Liga Feminista y, al lado de Ángela Acuña y Carmen Lyra, combatió la discriminación de las mujeres. Rodríguez López forma parte de la generación de intelectuales que se opusieron a los dictados del liberalismo positivista de la Costa Rica de la primera parte del siglo XX.

En esta obra, se edita la producción literaria de la poeta, narradora y ensayista costarricense. Se reúne tanto su única obra publicada en formato de libro, el poemario *De la entraña* (1928), como sus textos líricos, narrativos y ensayísticos aparecidos en publicaciones periódicas costarricenses de inicios del siglo XX, como *El Ramonense*, *Sparti*, *Unidad* y *Repertorio Americano*. La edición de los textos está precedida por un estudio introductorio y contempla, asimismo, su establecimiento y respectiva fijación bibliográfica.